

El derrumbe de las certezas:

Historia alternativa del siglo xx

de John Higgs

Andrés García Barrios

*Axis mundi, Ónphalos, Centro del mundo
son algunos de los nombres de ese lugar geográfico simbólico
desde el cual, según prácticamente todas las cosmogonías,
surge el mundo o cobra nuevo sentido el que ya existe.
De ahí, por extensión, llamamos axis mundi
a cualquier cosa, física o mental, que le dé sentido a nuestra vida.*

SI ES CIERTO LO QUE DECÍA EINSTEIN de que el tiempo es lo que miden los relojes, hasta mediados del siglo XIX el tiempo sólo existía de una forma vaga, medido por relojes tan flexibles como la posición del sol, las campanadas que anunciaban a misa y el canto de los gallos. Los relojes personales eran escasos y cuando la gente necesitaba fijar una hora común recurría al de la iglesia o al de algún establecimiento confiable. Además, prácticamente cada población tenía su propio horario local.

El factor más importante para la proliferación del reloj de bolsillo y la creación de un horario mundial fue el tren. Dado que los diferentes horarios entorpecían su tránsito y provocaban alarmas y accidentes, la coordinación y la puntualidad se volvieron cosa de vida o muerte y la gente empezó a sincronizar los relojes. Sin embargo, el principal factor fue económico: ahora las mercancías no sólo viajaban con rapidez a través del mar sino que al tocar tierra seguían avanzando con igual fluidez hasta sus destinatarios. El comercio empezó a propagarse a ritmo incesante y la ganancia se volvió inseparable de la velocidad. El lenguaje que servía para hablar de dinero y tiempo empezó a regir la mentalidad humana. Por todas partes se hizo importante “llegar a tiempo”, se extendieron las nociones de “prisa” y “urgencia”, y la frase “*Time is money*” se apoderó de los corazones, recordándonos que cada mañana, al comenzar el día, se abre la oportunidad de “ganar” algo.

El paso marcado de las horas servía para ir verificando subtotales, y la llegada de la noche dictaba el cierre de cuentas, tanto para los negocios como para el bien (o el mal) que uno había hecho. En la soledad del lecho, la gente empezó a hablar con Dios como con un apremiante supervisor de hacienda. Y así, al morir, uno “rendía cuentas”, registrando una especie de “subtotal” final, y se iba al cielo con la confianza puesta en los herederos, los hijos/socios.

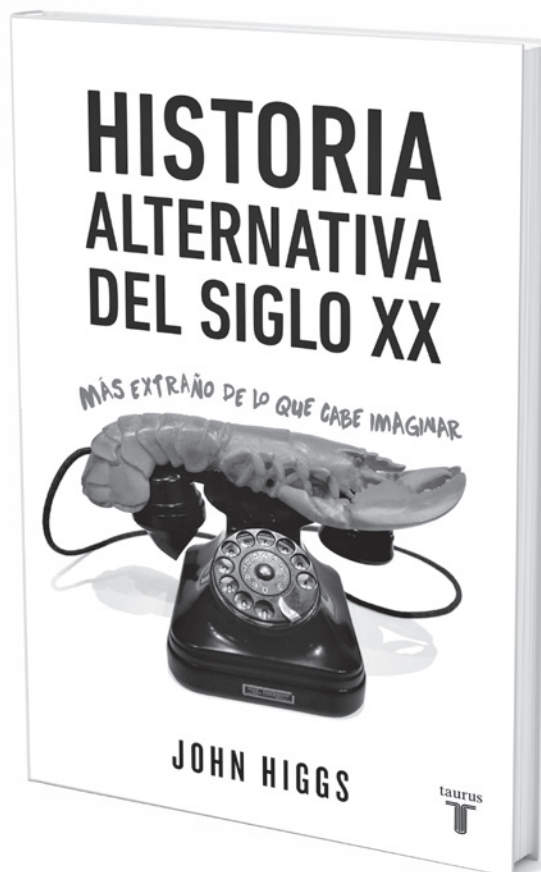
La necesidad de sincronizar relojes llevó a casi todos los países a exigir un horario mundial común, el cual llegó por fin en 1884 al designarse al Observatorio Real del municipio londinense de Greenwich como referencia para fijar un sólo horario para el planeta entero. Por eso, cuando en 1894 el anarquista francés Martial Bourdin decidió atentar contra algún poderoso símbolo del orden mundial, no tuvo que pensarlo dos veces para elegir su blanco. Aquel antiguo edificio se había convertido en el recién nacido ónfalo o *axis mundi* de la vida moderna, y el 15 de febrero de 1894, con una bomba oculta bajo la ropa, el terrorista se dirigió allí.

No logró llegar al edificio porque el explosivo le reventó en el vientre un centenar de metros antes, pero aunque hubiera llegado es dudoso que consiguiera minar la hegemonía del “tiempo productivo” haciendo volar aquel ícono arquitectónico. Desterrar de la mentalidad humana la sede donde el nuevo “tiempo” se había instalado exigía sacudir fundamentos más profundos de la conciencia.

El verdadero golpe lo dio Albert Einstein en 1905. En aquel “año milagroso”, como le llaman los científicos, el joven físico dejó claro que el siglo veinte no sólo sería singular por cerrar dos decenas de siglos (¡con lo que nos gustan a los humanos las decenas!), sino porque en él volverían a tambalearse las bases del mundo como no lo hacían desde hacía quinientos años, cuando quedó claro que el Sol estaba al centro del universo y que la Tierra era redonda.

Una de las demostraciones de la Teoría de la relatividad comprueba que dos relojes igual de precisos, colocados sobre el mismo meridiano, pueden marcar horarios diferentes sin que estén descompuestos. Cuando se supo esto, la mente de los sabios sufrió un sismo. El subsuelo conceptual del mundo moderno empezó a sacudirse y la onda se fue propagando entre todas las mentalidades. Por desgracia, cuando alcanzó a las de los empresarios y comerciantes, ya iba bastante apaciguada y parecía sólo una lejana anécdota; ninguno de ellos vio en la nueva ley del espacio/tiempo nada que afectara a su vida práctica ni a sus ganancias.

Pero vinieron nuevos golpes a poner en entredicho otros *axis mundi*. El segundo fue en contra del de la guerra. La historia comienza un día de julio de 1914, cuando el archiduque Francisco Fernando de Austria se hallaba de visita diplomática en Sarajevo. Ese día el heredero al trono del imperio austrohúngaro sufrió dos atentados mientras viajaba en su auto; del primero salió ileso, pero varios civiles resultaron heridos. Los terroristas dieron el plan por fracasado y uno de ellos se fue a un café. Pero el archiduque y su esposa decidieron ir a visitar a los heridos. En el trayecto, el chofer que los llevaba “se confundió de calle y detuvo el vehículo justo delante” del café donde se hallaba el terrorista, y éste no tuvo sino que acercarse al carro, disparar a los pasajeros



Historia alternativa del siglo XX

John Higgs

Taurus, México, 2016, 256 pp.

y matarlos. La Primera Guerra Mundial comenzó con este fortuito pretexto.

No pasa de ser una curiosa anécdota, sin embargo, parece sellar el destino de aquel conflicto bélico. Aunque sus causas eran (y siguen siendo) vagas para todos, la población se tranquilizó cuando los mejores estrategas aseguraron que todo terminaría a más tardar en Navidad, con un mínimo saldo en vidas. Sin embargo, la guerra se prolongó más de cuatro años y la cantidad de muertos rebasó todos los conceptos que la gente tenía sobre lo que era un hecho de armas. Lo que debía ser otra hazaña heroica se convirtió en una masacre provocada por motivos poco claros.

La *desaxismundización* continuó en todos los órdenes, políticos, sociales, económicos, científicos, artísticos, religiosos, todos. La mecánica cuántica, demostró que la realidad —aún la más “real”, la más material— está regida por la incertidumbre. Y aunque Einstein mismo puso el grito en el cielo y declaró que la verdad científica no está sujeta al azar pues “Dios no juega a los dados”, las evidencias de la nueva teoría hicieron que otra vez cundiera el pánico entre los sabios. Si incluso la solidez y la estabilidad de los objetos físicos podía ponerse en duda, ¿qué se esperaba de la personalidad humana, de las formas de gobierno o del arte?

Los cimientos temblaban y lo inconcebible se hacía real: un mingitorio puesto del revés en un museo trastocaba el concepto de belleza; se dio por hecho que “los marcianos llegaron ya”, la apariencia comenzó a prevalecer sobre la presencia y la imagen sobre la realidad; se impuso la idea de que somos solo la punta de un *iceberg* inconsciente; las mujeres, destinadas a ser madres, emprendieron una lucha a favor de la anticoncepción; los hijos comenzaron a aleccionar sus padres; se confirmó que, así como décadas atrás el sabor de un pan en la boca de Marcel Proust había desatado miles de páginas de recuerdos, también el aleteo de una mariposa podía provocar un huracán; la codicia se volvió buena; el ser humano puso el pie en la Luna, y dos años después el dinero se despojó de su ser material tirando el pesado lastre del oro y levantando el vuelo hacia un “crecimiento infinito”. Ochenta familias acumularon más riqueza que la mitad de la población mundial; los gobernantes comenzaron a aplicar mano dura para acabar con el gobierno...

Cada vez que uno de estos ónfalos desaparecía, la gente perdía piso. Las crisis se hicieron tan frecuentes que las personas tuvieron que buscar refugio en el último bastión existente: en sí mismas. Quinientos años atrás, cuando las esferas celestes empezaron a moverse, Martín Lutero encontró consuelo en reconocer que él, como cada ser humano, se hallaba solo ante Dios. Ahora, en el siglo xx, el Creador se había tomado unas vacaciones y la única opción fue un individualismo recalitrante que acabó triunfando sobre todos los intentos comunitarios de reconstruir el “centro del mundo”. El éxito de la frase de Margaret Thatcher, “la sociedad no existe”, dejó claro que la mayoría aceptaba que los deseos del individuo eran ahora la única garantía de bienestar.

Fue entonces que el posmodernismo intentó conducir al individualismo en una dirección honesta. Después de todo, era evidente que los esfuerzos históricos por crear verdades sociales compartidas acababan siempre con un pequeño grupo adquiriendo poder e imponiendo su verdad a todos. Además se había demostrado, incluso científicamente, que la infinitud de perspectivas y la falta de certezas absolutas no estaban peleadas con la vida práctica, y que era posible crear con ellas toda la tecnología necesaria para la era moderna. Y en el terreno moral, si bien era cierto que la pluralidad y la incertidumbre hacían imposible conocer las verdaderas consecuencias de nuestros actos y por lo tanto responsabilizarnos por completo de ellos, un individualismo asumido y consciente podía, gracias justamente a esta honestidad sin cortapisas, imbuirse de espiritualidad y favorecer intercambios humanos más auténticos, más desinteresados.

Finalmente llegó la “red”, esa ubicua forma de comunicación que es capaz de conectarnos a cada uno con nuestros semejantes. En el nuevo milenio los individuos han

empezado, si no a organizarse, sí a hacerse otra vez responsables de sus actos, y ello no porque la conciencia individual contenga en sí misma la consideración del bien de los otros, sino por algo tan simple como que, a través de Internet, nuestros actos más insignificantes pueden colocarnos de pronto en el centro de todas las miradas.

Los nacidos en el siglo veinte vivimos esta multivisión como signo de que una gran paranoia se ha apoderado de los tiempos, y lamentamos que la ética llegue a basarse en ella. Sin embargo, los nuevos habitantes del milenio, mucho más resilientes, más flexibles y recuperables, ven todo con otros ojos. Vuelven a ser parte de una comunidad que, sin privarlos de su individualidad, les advierte —prácticamente a cada instante— de las posibles consecuencias de sus actos; en compensación ellos responden entre otras cosas tomándose y enviando *selfies*, lo cual a muchos veteranos nos parece un puro egocentrismo porque no sabemos que esos autorretratos no tienen ningún valor, ni para el autor ni para nadie, si no se comparten, es decir si no se ponen a disposición de la red y salvaguardan así el espíritu de pertenencia y colaboración, por completo contrario al individualismo neoliberal que intenta por todos los medios que cada uno de nosotros se sienta el único centro del mundo.

*

Estas reflexiones se inspiran en las ideas del escritor y periodista británico John Higgs en su texto *Historia alternativa del Siglo xx*. El libro es una aventura de divulgación original, explosivo y muy convincente. Sin embargo resulta curioso encontrar bajo ese título un texto que describe una época en la que se abolieron todos los *axis mundi*, y es que eso mismo que llamamos *Siglo xx* fue uno de ónfalos más sólidos y venerados durante los cien años anteriores al 2000.

Aferrarnos a un calendario ha sido milenariamente una forma de acotar con límites humanos lo incomprensible y dar un eje mítico al mundo. Ese sagrado ritual cronológico se hizo aún más poderoso en tiempos en que billones de personas vivíamos convencidas de que haber nacido en el *Siglo xx* nos hacía especiales. Pocas veces, en épocas anteriores, los seres humanos se habrán identificado tanto como lo hacíamos los “sigloveintenses” con “nuestro tiempo”. Ahora, traspuesto el milenio, esa veneración no se ha disuelto del todo.

A pesar de este detalle inadvertido (o advertido pero quizás dejado pasar por motivos de mercadotecnia), el libro resulta una deliciosa versión de la tragicomedia del siglo veinte. Durante buenas horas de lectura nos mantiene fascinados, arrojando luz en zonas oscuras, e invitándonos a una forma de pensar más humanista y propia. *Historia alternativa del Siglo xx* de ninguna manera nos “quita el tiempo”. Quizás nos abre a uno nuevo. 